

El vagabundo de las estrellas, de Jack London. Alcances de una investigación sobre lo humano

The Star Rover by Jack London.
Scope of an investigation into human condition

Oderay Fabiola Espinosa Moneti

Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México
fabiola.monetti@gmail.com

 <http://orcid.org/0009-0007-1789-9015>

Oscar Frutis Guadarrama

Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México
frutis.guadarrama@gmail.com

 <http://orcid.org/0009-0001-9018-5357>

 <https://doi.org/10.36677/cdc.v0i45.27637>

*Ayer vi un alfarero en el mercado:
en un pedazo de arcilla fieramente pisa amasando.
Y aquella arcilla le dice en su mudo lenguaje:
“En un tiempo fui como tú, trátame con cariño”.*
El Rubaiyat, Omar Khayyâm

*Si los hundidos no tienen historia,
y una sola y ancha es la vía de la perdición,
las vías de la salvación son, en cambio,
muchas, ásperas e impensadas.
Si esto es un hombre, Primo Levi*

Resumen

El vagabundo de las estrellas (1915), de Jack London (1876-1916), narra las experiencias de un profesor de agronomía sentenciado a la horca. La presente comunicación se acerca a la novela a partir de la actividad científica que lleva a cabo consigo mismo el protagonista, quien mediante el experimento es capaz de revivir sus vidas pasadas y, luego, comprender aspectos importantes de la vida y la muerte. Analizamos el estado en que se encuentra el personaje antes de su investigación, los procedimientos por los que espera evadirse de las condiciones propias del encierro, el método al que recurre y las conjeturas que colige de él.

Palabras clave: Literatura norteamericana, Novela, Crítica literaria, Platonismo, empirismo, Determinismo.

Abstract

The Star Rover (1915), by Jack London (1876-1916), narrates the experiences of an agronomy professor sentenced to be hanged. This paper approaches the novel by focusing on the scientific activity the protagonist conducts on himself, who, through experimentation, is able to relive his past lives and, subsequently, understand important aspects of life and death. We analyze the state of the character before his investigation, the procedures by which he expects to escape from the conditions of his confinement, the method he employs, and the conjectures he makes.

Keywords: American literature, Determinism, Empiricism, Literary criticism, Novel, Platonism.

Recepción:15/12/2025 · Aceptación:04/02/2026

Introducción

The Star Rover fue publicada en 1915 por el sello editorial Macmillan. Jack London nació en 1876 y murió en 1916, en California, Estados Unidos. Algunos de sus textos han merecido tanta atención que fueron llevados al cine, como *La llamada de la selva o de lo salvaje*¹ (1903), *Colmillo blanco*² (1906) o *Martín Edén*³ (1909). *El vagabundo de las estrellas* es, probablemente, una de las novelas menos populares de su narrativa, aunque reúne al menos tres de sus obsesiones literarias: el atisbo a las vidas pasadas, la teoría evolucionista —asuntos explorados en *Antes de Adán* (1907)— y la experiencia carcelaria —tema tratado en sus memorias intituladas *The Road* (1907), en las que relata su estancia en la cárcel—. Asimismo, *El vagabundo de las estrellas* inspiró los filmes *The Star Rover*, de 1920, película muda dirigida por Edward Sloman, y *The Jacket*, de 2004, realizada por John Maybury. Por supuesto, habría que dar por sentado que, en general, su obra ha sido clasificada bien como literatura de aventuras, bien como literatura de formación, sin que las etiqueta menoscaben el talento de London para contar historias.

Estructurada en veintidós capítulos, *El vagabundo de las estrellas* es una narración autodiegética, que presenta los manuscritos del profesor universitario Darrell Standing, quien escribe en 1913 desde el Corredor de la Muerte —en la prisión de Folsom, California—, acerca de su situación carcelaria y de lo que él nombra sus “vidas pasadas”. El ingeniero agrónomo es sentenciado a cadena perpetua por un asesinato del que no habla demasiado y, posteriormente, debido a un incidente al interior de la prisión de San Quintín, a la horca. Al relatar las vicisitudes que vive en el presidio, Darrell Standing realiza una crítica aguda a la maquinaria carcelaria estatal: exhibe las deficiencias de un sistema que no cumple con el cometido de reinserción social, sino que lo retrasa o lo anula; denuncia el sometimiento y los brutales escarmientos que reciben los presos; e incluso interpela⁴ al lector señalándole que el pago de sus impuestos sostiene económicamente a sus verdugos, entre los que cuenta a los ejecutores materiales de lo que será su ahorcamiento y a las autoridades de la prisión. Standing es

considerado por los altos mandos de la cárcel como “incorregible”, por ello es castigado de distintas formas de las que intenta escapar en la medida en que le es posible. Aconsejado por un interno en su misma situación, el profesor, sometido a la camisa de fuerza, logra evadirse del castigo corporal y, al parecer, de los muros de la prisión, además de estar en condiciones de visualizar sus vidas pasadas; esto es, pasa de ser un convicto cualquiera a ser un vagabundo de las estrellas.

En el ámbito de la crítica, esta novela ha sido poco explorada, si se compara con la popularidad que alcanzaron las publicaciones anteriores de London, mucho más revisadas en cuestiones como la inclusión de animales en la obra del escritor o la relación que tienen sus historias con el mar.

El objetivo de este artículo consiste en mostrar cómo, desde el universo diegético, en una situación límite tanto física como psicológica, es posible eludir el encarcelamiento y obtener, de algún modo, la libertad. Dicho sea de paso, pretendemos destacar la importancia de esta obra, en virtud de la vigencia que mantienen las revelaciones de Standing en cuanto a los castigos por los que muchos prisioneros pasaron o pasan en sistemas de justicia ficcionales y extraficcionales, que se caracterizan, precisamente, por su injusticia, así como las maneras en que éstos se las arreglan para esquivar dichas sanciones.

Para alcanzar nuestro propósito hemos dispuesto la exposición en tres estaciones. En un primer momento, referiremos las condiciones que vive Darrell Standing como sentenciado a muerte y señalaremos los inicios de lo que será el escape de esa situación. En un momento ulterior, nos centraremos en los rasgos de la “muerte en vida”, camino que experimenta más ampliamente y del que obtiene resultados que transforman el modo en que el personaje habrá de afrontar la muerte. Por último, daremos cuenta de las conjeturas a las que llega Darrell Standing como sujeto que realiza acciones investigativas, es decir, en su actividad científica. Los resultados de esas pesquisas nos incumben a la humanidad, pues los lectores, aunque no estemos privados de libertad,

participamos de una naturaleza social susceptible de ingresar en un estado de encarcelamiento; aún más: la muerte es inminente para todos, no sólo para el condenado a muerte; aunque a éste no se le aparece como un fenómeno natural, propio del discurrir de la vida. La diferencia entre un condenado a muerte y quienes no estamos en esa situación estriba en el conocimiento de cuanto ocurre alrededor de esa condición, la cual determina las ideas sobre la vida y la muerte que el personaje va forjando durante su estancia en prisión.

Por su contenido, la novela podría analizarse desde distintas perspectivas teóricas. Por ejemplo, sería viable reflexionar sobre los sistemas carcelarios desde la óptica de control y dominio, tanto del cuerpo como de la mente, a partir de los postulados foucaultianos. También se podría trazar los recorridos de los personajes desde los marcos territoriales propuestos por Deleuze en el esquizoanálisis, en virtud de que las líneas que fluyen entre lo molar, lo molecular y la ruptura total bien darían cuenta de las trayectorias de sentido que configuran el texto en sus diferentes dimensiones. También sería plausible realizar un recorrido por los parajes del existencialismo en cuanto al tema de la libertad, ya sea desde la visión ateísta de Sartre o de la cristiana de Kierkegaard. O bien, explorar la idea dualista de Descartes acerca de la sustancia pensante y la sustancia extensa. Sin embargo, hemos considerado más apropiado estimar las conexiones con planteamientos que sugiere la misma narración de Darrell Standing; por ejemplo, leer la novela desde las intuiciones de Platón sobre la idea de un mundo inteligible y uno sensible, así como desde la reminiscencia o anamnesis, pues el recuerdo de las vidas pasadas del personaje es constante; así como a partir de las hipótesis darwinianas respecto de la evolución y de algunas consideraciones generales del empirismo en cuanto a la importancia de la experiencia en la adquisición y en la comprobación del conocimiento .

En ese mismo tenor, la justificación racional de cómo es posible el método muerte en vida se asemeja a la teoría relativista del tiempo y del espacio: Standing asegura que estas coordenadas no son absolutas, que su elasticidad puede

transformar la percepción de la realidad. Los temas que aborda *El vagabundo de las estrellas* concuerdan con los avances y los descubrimientos de la ciencia positivista, en cuanto a que sólo lo que puede demostrarse empíricamente es confiable y creíble. La novela examina dos temas imprescindibles en los inicios del siglo xx: la creciente crítica a la metafísica, entendida como aquello que no puede ser demostrado empíricamente, y la idea de un yo trascendental que se demuestra a sí mismo su falta de sujeción a las leyes de la naturaleza. El empirismo y el racionalismo se enfrentan en un duelo a muerte cuando Jake Oppenheimer y Darrell Standing intentan validar sus posturas acerca del funcionamiento del método muerte en vida; tal como lo hizo Sócrates en la *Apología...*, quien, a pesar de su feliz encuentro con la sabiduría, también murió.

Estado de encarcelamiento y primeros intentos de liberación

Darrell Standing tiene cuarenta y cuatro años cuando escribe lo que él llama su “manuscrito” o sus “memorias”; conforme lo hace salen de contrabando las cuartillas, incluso pocos minutos antes de ser ejecutado. La comunicación directa que el narrador intenta mantener con los lectores (pues se dirige constantemente a ellos como es habitual en este tipo de comunicación) está determinada por la inminencia de la muerte. Por ello repite su presentación con insistencia, porque no puede sustraerse de ese destino que le ha impuesto el sistema carcelario: “Soy Darrell Standing. Muy pronto me sacarán de aquí para ahorcarme. Mientras tanto, digo lo que tengo que decir y escribo en estas páginas acerca de otros tiempos y otros lugares” (London, 2019: 20). La reiteración de esta fórmula a lo largo de la novela provoca que su personalidad quede bien definida desde las primeras páginas: es un convicto que espera el momento de cumplir su sentencia. Su manuscrito y lo que en él hay está condicionado por su futuro como desahuciado, mientras que el contenido del mismo se relaciona más con el pasado, en el entendido de que son sus vidas anteriores las que puede contemplar.

Standing es más bien parco sobre el crimen que lo condena a cadena perpetua; escuetamente, refiere que mató a su colega, el profesor Haskell, en la Universidad de California, donde éste impartía clases de agronomía; además, llega a comentar que existe una mujer relacionada con el asesinato y con él. Standing cumple su sentencia en la prisión de San Quintín, California, donde es obligado a desempeñarse en la zona de telares de yute. Como buen ingeniero —y reiteradamente se asume como científico—, el profesor propone mejoras en la producción que se realiza en su área; sin embargo, su talante participativo no es bien visto por el alcaide Atherton, quien lo clasifica en la categoría de “incorregible” y lo aísla. En ese contexto, rebelarse ante los sistemas de producción establecidos, incluso para mejorarlos, es un acto sancionado y valorado como propio de una persona que definitivamente no logrará la curación social, porque así se le predetermina, por lo que se le instaura, de alguna manera, un sino. Asimismo, Darrell Standing se ubica fuera de la norma que le impone el sistema carcelario como paradigma; es un rebelde en la prisión porque desafía la lógica de ésta, por tanto, su sanción implica permanecer en aislamiento dentro de presidio, como un contenedor dentro de otro contenedor, doblemente privado de la libertad.

El aislamiento, primer correctivo que se le aplica a Standing, lo lleva a cabo en un calabozo donde se le priva de luz, alimento y, por supuesto, de interacción social. Así comienza una larga cadena de visitas a la celda de castigo; poco a poco, las penas irán incrementando modos de control, como el uso de la camisa de fuerza desde el segundo periodo de aislamiento, que corresponde a la segunda vez que intentó poner fin a la ineficacia en la operatividad de los telares. Vale la pena leer las anotaciones del profesor sobre este tipo de tortura en particular, pues es el motivo que detona sus mecanismos de liberación:

¿Han visto alguna vez una de esas lonas impermeables, o esas mantas de goma con ojales de latón en los bordes? Entonces imaginen un trozo de lona resistente, que no alcanza metro y medio de longitud, con grandes y pesados ojales de latón a lo largo de ambos bordes, cuya anchura nunca

es suficiente para abarcar un cuerpo y es, además, irregular: más amplia a la altura de los hombros, un poco menos a la altura de las caderas, y más estrecha en la cintura.

Esta lona se extiende sobre el suelo y se ordena al hombre que ha de ser castigado, o torturado para que confiese, que se tumbe boca abajo sobre ella. Si se niega, se le golpea hasta que obedece y se somete a la voluntad de esos perros sanguinarios [...]

Entonces, con el preso tumbado boca abajo, ajustan al máximo los extremos de la camisa de fuerza sobre su espalda y, como si de un zapato se tratara, se pasa una cuerda a través de los ojales y se ata el hombre a la lona. [...] intenten imaginar su propio cuerpo atado, sólo que mucho más apretado; y traten de imaginar que esa presión, en lugar de sentirla únicamente en el empeine, alcanzara todo su tronco, comprimiendo de tal modo el corazón, los pulmones y el resto de los órganos vitales que pareciera que fuera a morir en cualquier momento (London, 2019: 68-69).

Es evidente en el fragmento citado que el sometimiento a la camisa de fuerza es una tortura que hiere el cuerpo de manera atroz: comprime los órganos, impide la libre circulación y la respiración relajada, aparte de que la carne queda adolorida por la presión. Standing se vuelve un maestro en sufrir la prenda de lona en la que permanece durante lapsos variables. Tendríamos que sumar al aislamiento y a la camisa de fuerza dos factores que intensifican su sufrimiento físico y psicológico: el ayuno prolongado y la sed. Evidentemente, la acumulación de torturas termina por debilitar el cuerpo y el espíritu del reo.

A la mala fama que ya tenía Standing como incorregible hay que agregar el incidente de la dinamita. Cecil Winwood, preso por fraude, urde un plan para simular la fuga de cuarenta reos utilizando diecisiete kilos de falsa dinamita, con objeto de denunciar ese intento y recibir a cambio algunos favores de los guardias y de las autoridades de la cárcel.

Winwood convence al alcaide de que sólo Darrell Standing conoce el paradero del explosivo; por tal motivo, el protagonista será sometido en

repetidas ocasiones a régimen de aislamiento y camisa de fuerza durante un periodo de cinco años. Cada vez Standing tendrá una actitud más retadora con el alcaide y, por tanto, cada vez los cinturones de la camisa se ajustarán con más presión, hasta llegar al extremo de sujetarlo con dos lonas. La condición de la camisa de fuerza hace que su territorio quede reducido a su propio cuerpo; los límites ya no son los muros, sino la tela que lo contiene en un mínimo espacio: una prisión dentro de otra prisión.

El estado de encarcelamiento en que se encuentra el narrador implica, digámoslo así, una sujeción mayor que la que padecen los demás reos. Al profesor se le anula, justamente, en el sentido académico —no hay privilegios por su grado formativo, ni siquiera la posibilidad de generar y transmitir conocimiento— y en el científico —su capacidad para idear procesos de rendimiento del yute es ignorada por completo—. Darrell Standing es un hombre apasionado por la ciencia agrícola; es más, él piensa que uno de sus talentos consiste en producir algo donde antes no había nada⁵. En vez de aprovechar los saberes del agrónomo, las autoridades de San Quintín descalifican sus aportaciones; él lo proclama de esta forma: “Mi cerebro funcionaba, y fui castigado por ello” (London, 2019: 22).

El aislamiento es un tópico tratado en bastantes obras literarias—por ejemplo, en *El conde de Montecristo* (1844-1845), de Alexandre Dumas, en *Papillon* (1969), de Henri Charrière, o incluso en *El apando* (1969), de José Revueltas— como una situación extrema que envuelve a un personaje y que determina el trayecto de sentido que en adelante recorrerá. Darrell Standing, al igual que los protagonistas de las novelas recién citadas, sufre los estragos de la incomunicación, pues todos ellos pasan años en ese estado; mas el profesor es condenado a aislamiento de por vida por no revelar la ubicación exacta de una dinamita inexistente. Cuando el castigo de Standing es aliviado momentáneamente, para acudir a una cita de su proceso legal, su deterioro es evidente:

Después de cinco años de encierro en solitario, cuando me sacaron de San Quintín para asistir al juicio, volví a ver a Skysail Jack. Apenas pude distinguirlo, porque la luz del sol me cegaba como a un murciélago tras cinco años de oscuridad; aún así, vi lo bastante como para que se me encogiera el corazón. Le vi mientras cruzaba el patio de la cárcel. El pelo se le había vuelto canoso, había envejecido prematuramente. Tenía el pecho hundido y la cara demacrada. Le temblaban las manos como a un enfermo y se tambaleaba al caminar. Los ojos se le llenaron de lágrimas al reconocirme, pues también yo era una triste sombra de lo que había sido. Yo pesaría unos cuarenta kilos. Tenía el pelo también muy canoso y no me lo había cortado en cinco años, al igual que la barba y el bigote. También me tambaleaba al caminar, de modo que los guardias tenían que asistirme para atravesar aquel trecho del patio bajo un sol cegador. Skysail Jack y yo nos miramos el uno al otro y nos reconocimos bajo nuestros despojos (London, 2019: 40-41).

En este juego especular se advierte el reconocimiento del personaje de su propia condición física: su salud endeble, su bajo peso y la costumbre de soledad que lo había llevado casi a perder la voz, porque la incomunicación le arrebató tanto la posibilidad de emitir palabra alguna como sus habilidades sociales, debido a la carencia, a ratos, de intercambio significativo con el mundo. Darrell Standing es interrogado una y otra vez sobre lo que ignora absolutamente: la supuesta dinamita. No poder dar información lo conduce a permanecer más tiempo en la camisa de fuerza, lo que termina por comprometer su salud física y mental; no obstante, aprovecha la situación para intentar aminorar el miedo, el dolor y el encarcelamiento. Tiempo libre para pensar es lo que le sobra al profesor en ese estado, pero pronto termina asqueado de sus propios pensamientos, por ello intenta prolongar su sueño y dormir excesivamente hasta quince horas al día; ésta es su primera tentativa para esquivar la sensación de encierro.

El narrador, dice, se inventa entretenimientos para sus horas de vigilia —ejercicios mentales, partidas de ajedrez, juegos con moscas y algunas

imaginaciones científicas de lo que podía estar sucediendo fuera de la prisión—, con tal de no caer en el aburrimiento y en la demencia. Hasta que pudo descifrar la comunicación mediante golpes de nudillos que sus compañeros Ed Morrell y Jake Oppenheimer⁶ mantenían, se dio cuenta de una nueva forma de pasar el tiempo. Ahora podía, siempre a hurtadillas de los custodios, interactuar con estos personajes que se encontraban en su misma condición: ya había, entonces, una incipiente sociedad. El siguiente paso fue diseñar un método de autohipnosis, mediante el cual consiguió debilitar el consciente y liberar el subconsciente. Dejemos explicarlo al propio profesor:

Mi método de hipnosis era de lo más simple. Sentado con las piernas cruzadas en mi camastro, fijaba la vista en un trozo de paja que había pegado en la pared, donde más luz había, cerca de la puerta. Me concentraba en un punto brillante, con los ojos clavados en él, inclinados hacia arriba hasta que perdía la capacidad de enfocar. Al mismo tiempo, relajaba toda mi voluntad y me entregaba a la sensación de vértigo que me iba invadiendo poco a poco. Y cuando sentía que perdía el equilibrio, cerraba los ojos y me dejaba caer hacia atrás, inconsciente, sobre el colchón de paja (London, 2019: 60-61).

El estado de hipnosis, describe Darrell Standing, tenía una duración de cinco minutos a una hora. Nótese que el narrador se refiere a la práctica como un método, en virtud de que en ningún momento abandona su naturaleza inquisitiva; por ello la suya es una liberación metódica, planeada con paciencia a punta de ensayo y error, en la que él mismo es simultáneamente sujeto y objeto de un proceso científico. Habrá que decir que la científicidad que el sistema carcelario le niega al profesor no extermina en él su espíritu investigativo, sino que, más bien, éste se ocupa enteramente de sobrevivir a su calvario.

La intención que tiene el alcaide de corregir al incorregible, es decir, de someter a Darrell Standing al dominio del Estado, hace que éste no tenga más opción que experimentar consigo mismo, por eso parte de su propia experiencia. Sus pesquisas parecen coincidir con ciertos planteamientos con los que ha crecido la epistemología: un empirismo como punto de arranque y una concepción dualista del ser humano. Aunque hablar de empirismo tiene un

alto grado de dificultad, debido a que es una corriente de pensamiento que se ha venido gestando desde el siglo V a. C. con Protágoras, el siguiente fragmento de David Hume nos muestra elementos importantes de esa corriente filosófica:

La impresión excita primero nuestros sentidos y nos hace percibir el calor o el frío, la sed o el hambre, el placer o la pena de una u otra clase. De esta impresión hay una copia tomada por el espíritu, que permanece después que cesa la impresión; y a eso llamamos una idea. Esta idea de placer o pena, cuando vuelve al alma, produce las mismas impresiones de deseo y aversión, esperanza y miedo, que se pueden llamar propiamente impresiones de reflexión, porque se derivan de ella (Hume, 1975: 53).

Por eso Darrell Standing está convencido de que todo lo que recuerda lo recuerda porque lo ha vivido, de que de la nada nada sale. Digamos que las copias de sus impresiones se han almacenado en su espíritu y han dado paso a impresiones sobre las primeras. De manera que cada avistamiento al pasado que realiza el convicto implica una actualización de sus impresiones iniciales sobre las que está ahora en condiciones de generar juicios de valor. Para él, lo que ve, recuerda y revive, esto es, el contenido de su memoria, surge de una primera experiencia que se olvida mientras crecemos. El personaje lo explica de la siguiente manera:

Han olvidado muchas cosas, queridos lectores, y, aún así, al leer estas líneas, recuerdan vagamente las brumosas visiones de otros tiempos y de otros lugares que presenciaron con ojos infantiles; hoy les parecen sueños. Sin embargo, aún siendo sueños, por tanto, ya soñados, ¿de dónde surge su materia? Nuestros sueños se componen de una grotesca mezcla de cosas ya conocidas. La esencia de nuestros sueños más puros es la esencia de nuestra experiencia (London, 2019: 13).

Standing propone la experiencia como fuente de todo conocimiento y de toda emoción, como “materia” de cuanto discurso afluye en la experiencia humana. En este sentido, el personaje lleva a cabo una defensa y una demostración de su empirismo y del sustento científico que lo caracteriza con base en el planteamiento

de que “todo conocimiento procede de la experiencia [y] que ninguna afirmación es verdadera si no se funda en la experiencia” (Verneaux, 1994: 46).

Asimismo, Standing sostiene que hay dos principios que integran al ser humano: 1) el cuerpo, del que no tiene control porque la ley así lo dicta — piénsese que ya en el Corredor de la Muerte, el convicto debe ser vigilado las veinticuatro horas del día para evitar que se suicide, porque, entonces se entiende, la pena imputada implica que el Estado debe matarlo y que el suicidio en este caso constituiría un delito—; 2) y la psique, desde la que es posible adquirir cierta libertad, y que podríamos denominar espíritu, alma o mente. Ha sido moneda corriente en la historia de las ideas el dualismo antropológico desde que Sócrates, en el *Fedón*, ya reconocía en su diálogo con Simmias una hechura humana dual, además de la capacidad de escisión de ambos planos constitutivos; a saber: “¿Acaso es otra cosa [la muerte] que la separación del alma del cuerpo? ¿Y el estar muerto es esto: que el cuerpo esté solo en sí mismo, separado del alma, y el alma se quede sola en sí misma separada del cuerpo? ¿Acaso la muerte no es otra cosa sino esto?” (Platón, 2010a: 64c).

Seguramente, también la tendencia dualista obedece a una intuición empírica de la realidad que atraviesa la vida común de la mayoría de los individuos. Más allá de las especulaciones teóricas, la vida dentro de una institución reformativa sucede de la forma más precaria y simple: un preso sólo se vale de su cuerpo y de su mente para sobrevivir o para escapar. Vistos así los ejes de dominio, el sistema penitenciario puede vigilar y controlar el cuerpo de Standing, pero no su dimensión psíquica; mientras que el reo se encuentra en condiciones de disponer sobre su mente, pero no sobre su cuerpo, totalmente subyugado a la voluntad de los otros. Lo anterior fundamenta por qué para Darrell Standing el espacio espiritual se convierte en su patria y en su refugio.

La memoria juega un papel determinante en este contexto. Sin ella no existiría el recuerdo, y para el agrónomo crecer equivale a olvidar, como si se tratase de un único material vital que se desconoce durante el crecimiento. Los

experimentos que lleva a cabo el prisionero-científico pretenden recuperar de algún modo aquellas experiencias que ha olvidado; basta detenerse en el inicio de la novela para constatarlo:

Durante toda mi vida he tenido conciencia de otros tiempos y de otros lugares. He sido consciente de la existencia de otras personas en mi interior. Y créanme, lectores, lo mismo les ha sucedido a ustedes. Regresen mentalmente a su niñez, y recordarán esta conciencia de la que hablo como una experiencia propia de la infancia. En aquel momento no habían cobrado una forma fija, no habían cristalizado; eran aún plásticos, un alma fluctuante, una conciencia y una identidad en proceso de formación, de formación —¡ay!— y de olvido (London, 2019: 13).

El profesor lleva a cabo un ejercicio de anamnesis que implica atención plena en su ánimo, tiempo de autoobservación y lapsos también dedicados a la experimentación. De acuerdo con la teoría platónica y con Darrell Standing,

El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no sólo la virtud, sino el resto de cosas que, por cierto, antes también conocía. Estando, pues, la naturaleza toda emparentada consigo misma, y habiendo el alma aprendido todo, nada impide que quien recuerde una sola cosa —eso que los hombres llaman aprender—, encuentre él mismo todas las demás, si es valeroso e infatigable en la búsqueda. Pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia (Platón, 2010b: 81d).

El cuerpo es efímero, mientras que el alma no se agota, no está puesta en relación con el tiempo más que para anularlo. La tarea, entonces, que debe atender el ser humano, y así es como lo entiende Standing en el momento en que se encuentra, es la recuperación de lo aprendido a través de sus diferentes encarnaciones.

Cuando el uso de la camisa de fuerza comienza, Standing padece los rigores que le impone el instrumento, pero dada la asiduidad del correctivo opta

por buscar él mismo estos estados de conciencia, como juzga Jake Oppenheimer las experiencias referidas por el profesor durante su comunicación. Para este otro prisionero, las vivencias que tiene su compañero no son más que eso: estados de conciencia, no realidades vividas.

Más allá de sus fronteras literarias, *El vagabundo de las estrellas* refleja los diversos derroteros de la mente humana cuando el cuerpo se encuentra allende sus límites saludables. La situación del personaje no es sólo imaginaria, es una realidad por la que pasaron sujetos reales sin muchas opciones más que las que la mente y el poder interior pueden proveer. La demostración de una vida interior y una vida exterior tal vez pueda ser cuestionada, pero ante situaciones límite sólo la mente y su poder sirven para escapar de las zarpas del sistema carcelario.

El método “muerte en vida”

Después de las variadas tentativas de Darrell Standing por reformar aquello que dice reformarlo —como la mejora de la producción textil o el maltrato hacia los reos—, encuentra una vía contundente para modificar su situación de encarcelamiento: la constricción. El método le es proporcionado por el preso Ed Morrell una vez que el profesor ha logrado descifrar el procedimiento⁷ que le permite comunicarse primero con Jake Oppenheimer mediante toques de nudillos contra la pared de la celda. Dicho sea de paso, el diseño de esta técnica revela cierta disposición racional organizada de ambos personajes, en definitiva, metódica.

Las indicaciones que le ofrece Morrell a Standing consisten en, primero, contar con las condiciones adecuadas que aseguren el funcionamiento del proceso: lo debe realizar justo cuando sienta que va a desfallecer a causa de la compresión que impone la camisa de fuerza, no antes, dice el otro reo, sino cuando la muerte parece ineludible, en estado de extrema debilidad física y mental. Aquí las palabras del creador del método:

—El truco está en morir en la camisa, en querer morirte de verdad. Sé que aún no me entiendes, pero espera. Ya has visto cómo te vas entumeciendo en la camisa, cómo se te duermen los brazos o las piernas. Eso no lo puedes evitar, pero puedes llegar a controlarlo, a mejorarlo. No esperes a que se te duerma una pierna o cualquier parte del cuerpo. Tumbate boca arriba, lo más cómodamente que puedas y trata de manejar tu voluntad. Solo tienes que pensar en esa idea y creer en ella ciegamente. Si no crees, no hay nada que hacer. Lo que tienes que pensar, y tienes que creerte, es que tu cuerpo es una cosa y tu espíritu otra. Tú eres tú, y tu cuerpo es algo que no tiene importancia. Tu cuerpo no cuenta. Tú eres quien manda y no necesitas de tu cuerpo. Y cuando ya estés convencido, has de ponerlo a prueba con toda tu voluntad. Haces que muera tu cuerpo. Comienzas con los dedos de los pies, uno a uno. Tratas de que tus dedos mueran, los obligas a morir. Y si tienes fe y tienes voluntad, los dedos de tus pies morirán. Eso es lo más difícil, comenzar a morir. Una vez que has logrado que muera el primer dedo, el resto es más fácil, porque ya no te cuesta creerlo: lo sabes (London, 2019: 83-84).

Además del estado físico totalmente decaído que se requiere para emprender el experimento, se suman otras dos actitudes con las que debe contar el sujeto que será sometido a él: en primer lugar, la voluntad, de morir, pues no funcionaría desear secretamente la vida, tanto como la voluntad para disponerse como materia del ensayo. En segundo lugar, la fe, una actitud de completa creencia en el experimento y en los resultados que se obtendrán. Paradoja frecuente de la ciencia: precisar de la convicción en los procedimientos científicos.

Es notoria la semejanza entre el método de Morrell y la práctica de ciertas preceptivas de las filosofías orientales antiguas muy en boga. Pareciera que Darrell Standing se somete a una meditación profunda en la que alcanza, según él, la activación de su memoria y, por tanto, la oportunidad de contemplar sus recuerdos. Ya en los *Upanishads* hay una idea de un yo trascendental que no cambia nunca, al que se le reconoce como atman, “el Espíritu de visión, es nunca nacido y nunca muere. Antes de él no había nada, y él es UNO por siempre. No nacido y eterno, más allá de los tiempos pasados o porvenir, él no

muere cuando el cuerpo muere” (Anónimo, 2015: 83). El yo es trascendental porque lo que padece transformación es la materia, que es perecedera; es decir, se parte también de una concepción dualista del ser humano.

Las semejanzas con estas prácticas orientales son notorias cuando el narrador parte de un punto base que es él mismo, Darrell Standing, el que está en el Corredor de la Muerte en Folsom, California, en 1913, y que escribe sus memorias, es decir, un yo particular. Y por otro lado, existe un yo peregrino, vagabundo de las estrellas, que se puede desplazar por el tiempo y por el espacio a su antojo, visitando sus vidas pasadas. Esto es: un yo —Darrell Standing— y un yo que va encarnando sus vidas pasadas a través del Samsara o ciclo de reencarnaciones del que nadie se salva:

Es obvio para los budistas, quienes creen en la reencarnación, que Gautama no vino al mundo por primera vez en 560 a. c. Como todo el mundo, había pasado por muchos nacimientos, había experimentado el mundo como animal, como hombre, como Dios. Durante sus muchos nacimientos, debió de compartir el destino común de todo lo que vive. Una perfección espiritual como la de un Buda no puede ser resultado de sólo una vida. Debe madurar lentamente a través de las épocas. El suyo había sido un largo viaje, tan largo que desafía a la imaginación (Conze, 2013: 44).

En esta lectura, el poder de Standing habría sido puesto en marcha gracias a la voluntad o Brahman, o “energía [que] late perennemente en el hombre, dormida pero capaz de ser activada por la concentración mental hasta convertirse en vigilia creadora. [...] Mueve nuestra personalidad consciente por premoniciones, relámpagos de aviso y explosiones de deseo, pero, su fuente se oculta en lo profundo, allende la experiencia sensible y el proceso mental” (Zimmer, 2010: 97). La técnica que realiza Darrell Standing de contemplar fijamente una porción de paja en el muro apuntala el principio de la meditación; el olvido creciente de su cuerpo durante la muerte en vida es resultado de esa concentración.

En esta breve relación del método Morrell-Standing —porque este último contribuye al desarrollo de la técnica que le es transmitida, actitud que pone su cientificidad sobre la mesa— con las filosofías orientales, el atisbo de Standing a sus vidas pasadas o estrellas por las que vagabundea, la concentración en su espíritu y el abandono del plano material implican una liberación o el levantamiento del “velo de Māyā”, que lo hace desprenderse de su estado carcelario. La palabra Māyā, en la doctrina del Vedānta, “denota el carácter insustancial y fenoménico del mundo que observamos y manejamos, así como de la mente misma —y aun de los estratos y facultades conscientes y subconscientes de la personalidad—” (Zimmer, 2010: 38). Lo anterior hace posible que Standing, durante la aplicación del método, se encuentre con una “realidad” que no había sospechado hasta ese momento, debido a que asumía que las apariencias eran reales, es más, que habían sido siempre así. Como consecuencia, el mundo que tomamos como real, desde esta perspectiva, no es de tal modo, es sólo una apariencia, una imagen de lo que es.

La historia base de la novela es la narración de un condenado a muerte escribiendo sus memorias, las cuales literariamente son metahistorias que dan cuenta de las diferentes encarnaciones por las que ha atravesado el espíritu que ahora conocemos como Darrell Standing. El investigador menciona que las vidas pasadas que recuerda no son las únicas, sino que son las que ha podido visualizar de forma más o menos completa durante su permanencia en la camisa de fuerza —en la que pasa hasta ciento cincuenta horas—, pero que hay muchas que no refiere por falta de información. Estas estrellas más definidas conforman auténticos relatos que recuperan un trozo de sus existencias anteriores, que son diversas en cuanto a tiempo y espacio. Podríamos ordenar esas vidas de la siguiente manera:

1. El conde Guillaume de Sainte-Maure, muerto durante su juventud en un duelo en la antigua Francia.
2. El niño Jesse Fancher, de nueve años, asesinado en 1857 junto a unas cuarenta familias mormonas en la masacre de Mountain Meadows, Utah, Estados Unidos. (La narración se interrumpe y se retoma al finalizar la vida 3).

3. Un ermitaño que mortifica su cuerpo con la esperanza de morir para encontrarse con Dios.
4. Adam Strang, un marino inglés cuya vida transcurre entre los años 1550 y 1650. Naufraga cerca del Ecuador y es integrado a una tribu nativa hasta que lo rescata un navío, el *Sparwehr*, en el que se embarca hacia Cho-Sen, hoy Corea, donde llega a ser conocido como Yi-Yong-ik, esposo de lady Om, miembro de la dinastía Min, con quien primero vive en la opulencia y después, hasta el final de sus días, en la mendicidad.
5. Ragnar Lodbrog, viajero danés esclavizado por los romanos como remero. Ya hombre libre viajó a Alejandría y a Jerusalén, en donde se convirtió en la mano derecha de Poncio Pilatos en tiempos de la crucifixión de Jesús.
6. Daniel Foss, marino originario de Maryland, Estados Unidos, que naufragó en 1810 en un islote desierto, donde construyó una choza y se alimentó de focas. Fue rescatado después de ocho años.

Esas son las encarnaciones cuya narración constituye, podríamos decirlo, historias independientes, relatos completos. Standing va más atrás todavía al recordar existencias que pertenecen al tiempo prehistórico de la humanidad, pero de las que los lectores no poseemos demasiada información y a las que el narrador les dedica menos espacio textual. Así, se identifica con un jefe ario del antiguo Egipto; con un hombre que vivió en el pasado remoto y que se enfrentó al tigre dientes de sable; con Ushu, el arquero, pareja de Igar; con un Hijo del Arroz y esposo de Arunga; con el marido de Selpa, que soñó con la domesticación de los animales; y con un Hijo de la Montaña cuya mujer llevaba por nombre Nuhila. A pesar de que refiere estas vidas pasadas también, Standing se reconoce como el único hombre que ha habido:

Soy aquel hombre, la suma de él, su totalidad, el lampiño bípedo que se irguió desde el cieno, que creó el amor y la ley más allá de la anarquía de la fecunda vida que gritaba y bramaba en la selva. Soy todo lo que fue aquel hombre y en lo que devino. Me veo, a través de las dolientes generaciones, acechando, matando a la presa, a la pesca, desbrozando los bosques para sembrar los primeros campos, fabricando toscas herramientas de hueso y

de piedra, construyendo casas de madera, cubriendo los tejados con hojas y paja, cuidando de las hierbas silvestres y de las raíces de los prados, protegiéndolas para que llegaran a ser las progenitoras del arroz, del trigo, del mijo, de la cebada, y de tantos otros cereales, aprendiendo a arar la tierra, a sembrar, a cosechar, a almacenar, extrayendo las hebras de las plantas para tejer ropas con ellas, diseñando sistemas de irrigación, trabajando el metal, trazando rutas comerciales, desarrollando la navegación; y también organizando la vida de las aldeas, uniendo unas aldeas con otras hasta convertirlas en tribus, uniendo las tribus hasta convertirlas en naciones, buscando siempre las leyes de la naturaleza, creando leyes para los hombres, para que pudieran vivir juntos en armonía y, aunando esfuerzos, exterminar todo tipo de fieras, reptantes, rugientes, amenazantes, a fin de que estas no acabaran con el hombre (London, 2019: 327-328).

Hemos querido disponer el fragmento anterior en toda su amplitud porque en él se da cuenta de la concepción de hombre que tiene Darrell Standing. Lo que le permite el método muerte en vida a este viajero de las estrellas es darse cuenta de la línea que une todas las vidas humanas, por esto no le preocupa la muerte como Darrell Standing, pues afirma que las autoridades de la prisión no pueden estrangular su inmortalidad. Esto es, que cuando sea ahorcado, morirá como Standing, pero seguirá reencarnando, seguirá vivo, y sólo él lo sabe, sólo él lo ha comprobado consigo mismo. Si bien el experimento es el mismo que ejecuta Ed Morrell, quien le enseñó el método, no es la misma experiencia, pues cuando éste se encuentra en la camisa de fuerza y logra controlar su cuerpo y su mente, y así deformar el espacio y el tiempo, nunca deja de ser él; en cambio, Standing puede ser otro, en otra época y en otro lugar: “Intentaré describirlo de modo que comprendan el método que me permitió alcanzar la muerte en vida, manejar a mi antojo el tiempo y el espacio y franquear los muros de la prisión para vagar por las estrellas” (London, 2019: 67-68). El método es igual, mas como quien lo ejecuta es distinto, los resultados son diferentes.

La vida, para el profesor condenado, es una sola —aunque se manifieste a través de diversas encarnaciones—, no sólo en cuanto a la percepción de sí, también en cuanto a la que tiene de los otros. En este tenor, la mujer no se entiende en sus particularidades, en la vida individual y bien identificada, más bien, se trata de la mujer universal —tanto como del hombre universal—, de lo femenino que se encuentra en las mujeres desde la primera mujer:

Pero había ternura en mi sonrisa, porque en los ojos de aquella niña [Dorothy, hija del decano de la universidad] veía a la mujer eterna, la mujer de todos los tiempos con todas sus apariencias. En sus ojos veía los ojos de mi compañera en la selva, en las cavernas, en las copas de los árboles. En sus ojos veía los ojos de Igar, cuando yo era Ushu, el arquero; los ojos de Arunga, cuando fui cosechador de arroz; los ojos de Selpa, cuando soñaba con domar al semental; los ojos de Nuhila, quien se atravesó con mi espada. Sí, había algo en sus ojos que los convertía en los de Lei-Lei, a quien abandoné con una sonrisa en los labios; en los de lady Om, que compartió miserias mendigando conmigo por sendas y caminos durante cuarenta años; en los de Philippa, por quien caí muerto en duelo sobre la hierba de la antigua Francia, y en los de mi madre, cuando fui un niño llamado Jesse en aquella caravana de cuarenta carretas en Mountain Meadows (London, 2019: 345-346).

Visto así, hay hombres que integran la llama vital del único hombre, y lo mismo sucede con la única mujer. Casi al final de sus memorias, Standing cae en la cuenta de que muchas de las veces que ha muerto ha sido a causa de la “ira roja”, constante en la vida humana y en las vidas pasadas del narrador, quien participa de la naturaleza del único hombre. Por ejemplo, esta cólera lo apresa como el conde Guillaume de Sainte-Maure y lo empuja a batirse en duelo varias veces en una misma noche, en la que muere. Dice el profesor:

¡La ira roja! La que me ha aniquilado en esta, mi vida presente. Por culpa de ella, dentro de unas semanas, seré llevado desde esta celda hasta un lugar más elevado, con una plataforma inestable, adornada en su parte superior por una soga larga y tensa; y allí me colgarán del cuello hasta que muera. La ira roja ha podido conmigo en todas mis vidas, porque ella ha sido mi

catastrófica e infortunada herencia, desde los tiempos del lodo primigenio, antes de los albores del mundo (London, 2019: 15-16).

La vesania, desde esta óptica, está presente en toda experiencia humana. Todos participamos de ella, y hay aun quienes mueren por su causa. Los comportamientos de obnubilación propios de la ira roja evocan las teorías naturalistas, como la de Darwin —inclinación que constituye otro elemento importante en la personalidad científica de Standing—. Vemos una alusión directa en la novela a la teoría evolucionista, y ha de ser así porque Darrell Standing es un científico en 1913, y para ese momento *El origen de las especies* (1859) había sido publicado, así que es probable cierta influencia. El agrónomo presenta en los relatos sobre sus vidas pasadas el tránsito del ser humano por la historia. Ya hemos consignado que esas narraciones también incluyen las experiencias del hombre en un tiempo anterior a lo que hemos llamado “cultura”, cuando las tribus eran identificadas por alguna característica de ese grupo humano, como los Hijos del Sol, los Hijos de la Montaña o los Hijos del Arroz. Las encarnaciones por las que ha atravesado el espíritu que ahora se hospeda en Darrell Standing conforman una suerte de muestrario de la evolución, así como de la permanencia de esas experiencias en la actualización de cada vida, en el entendido de que “los diversos animales y plantas existentes ahora o que existieron en el pasado descendían de un antepasado común, y se fueron diferenciando gradualmente como resultado de la variación en los caracteres hereditarios” (Russell, 1992: 48). Darrell Standing lo ve de este modo:

Hubo un tiempo en que fuimos una especie de peces, queridos lectores, y nos arrastramos fuera del mar para ser los primeros en aventurarnos sobre la tierra firme que hoy habitamos. Todavía conservamos las huellas del mar, del mismo modo que aún conservamos las marcas de la serpiente, anteriores todas ellas al tiempo en que la serpiente fue serpiente y el hombre fue hombre: cuando el ser anterior a la serpiente y al hombre eran uno y el mismo. Hubo un tiempo en que volábamos por el aire, y otro tiempo en que vivíamos en los árboles y nos asustaba la oscuridad. Y los vestigios

permanecen grabados en ustedes y en mí; y en la simiente que nos sucederá hasta el final de nuestra existencia sobre la Tierra (London, 2019: 324).

Finalmente, el experimento que realiza Darrell Standing establece la manera en la que se relaciona con el hecho de que será ejecutado en un tiempo próximo. A nivel de la historia, una vez que el personaje se configura una concepción de la muerte —que no hay— a partir de la seguridad que tiene de haber existido desde que la vida es vida no existe en él un temor tan grande como el que sentía antes de probar el método. Éste, vale la pena apuntar, es el acontecimiento narrativo que permite la aparición de las metadiégesis que habitan la novela, el entendimiento que Standing tiene ahora sobre él y sobre su entorno, así como el entendimiento que los lectores vamos germinando acerca de nuestra humanidad.

Resultados del experimento

Después de llevar a cabo su ensayo —recordar sus vidas pasadas— mediante el método la muerte en vida, en el cual él es tanto el sujeto que experimenta como el sujeto sobre el que se experimenta, Darrell Standing y sus lectores podemos colegir ciertas conclusiones al respecto:

Efectividad del método y comprobación. Hay dos evidencias de la eficacia de la práctica de Standing. La primera se relaciona con una de sus vidas pasadas: la del marino que naufragó en 1810. Resulta que, durante su estancia en la isla desierta, Daniel Foss se dio a la tarea de tallar en un remo el relato y el tiempo de los acontecimientos que le sucedieron desde el naufragio. La leyenda dice a la guisa:

Hago saber a la persona en cuyas manos caiga este remo que Daniel Foss, originario de Elkton, Maryland, en los Estados Unidos de América, y que partió del puerto de Filadelfia en 1809, a bordo del bergantín Negociator, con destino a las islas Amigables, naufragó en el mes de febrero del año siguiente en este islote desolado, donde levantó una choza y vivió varios años, alimentándose de focas, siendo el último superviviente de la tripulación del citado bergantín, que se estrelló contra una isla de hielo y se fue a pique el 25 de noviembre de 1809 (London, 2019: 282).

Pues bien, Standing relata que pudo comprobar, mediante correspondencia con el director del Museo de Filadelfia, que efectivamente en dicho espacio se encontraba un remo con las características descritas, además de un diario que relata el naufragio de Daniel Foss. El director le confiesa: “Siento una enorme curiosidad por conocer cómo ha tenido usted conocimiento de dicho remo, cuya existencia hasta nosotros, el personal del museo, ignorábamos” (London, 2019: 312). Las piezas del rompecabezas encajan: el remo atestigua la existencia de este marino y la respuesta del director del museo lo confirma. Dicho sea de paso, esta “prueba” apuntala un mecanismo textual para proveer de verosimilitud a las memorias de Standing, puesto que ambos elementos, remo y misiva, adquieren un valor documental en la ficción.

La segunda evidencia radica en que Darrell Standing consigue salir de su cuerpo y hacer una visita a Jake Oppenheimer, a quien, asegura, nunca ha visto, y, no obstante, puede describir su físico y su comportamiento. El otro recluso le objeta que no es necesario que lo haya visto en alguna ocasión, pues, por ser también Standing prisionero, es sencillo barruntar el estado en que se encuentra, así como lo que hace. Pero hay un detalle que reconoce Oppenheimer:

—Solamente una cosa, profesor. Has dicho que me viste viéndome un diente que tenía suelto. Ahí me has pillado. Es lo único que no sé cómo has podido saber. Hace solo tres días que empezó a moverse. Y no hay un alma que lo sepa (London, 2019: 322).

La descripción del diente a punto de caerse de Oppenheimer deja ver que efectivamente Standing lo ha contemplado desde su inmaterialidad, sin ser visto ni percibido en algún modo, lo que confiere validez a la hipótesis de que es posible escindir el alma del cuerpo. Entonces, el profesor convicto está tanto en condiciones de revivir sus vidas pasadas como de presenciar no físicamente los sucesos de su presente.

Crítica al método. El principal juicio desfavorable respecto de la investigación llevada a cabo por Standing proviene de su compañero Jake

Oppenheimer, pues en él anida un escepticismo terco. Éste piensa que lo que Standing le refiere mediante su peculiar comunicación no es real y no es posible; en sus palabras:

—No te lo tomes a mal, profesor —continuó Oppenheimer—, no estoy diciendo que mientas. Solo digo que has estado soñando, especulando en la camisa de fuerza, y ni siquiera te das cuenta. Sé que estás convencido de lo que dices y crees que eso fue lo que ocurrió, pero yo no me lo trago. Te lo imaginas, pero no sabes que te lo imaginas; es algo que ya sabías, pero no te das cuenta de que lo sabes hasta que no lo ves en uno de esos sueños que tienes (London, 2019: 321).

Para Oppenheimer lo que vive Standing es resultado de las circunstancias extremas en que se encuentra, las imagerías y el delirio de quien está a próximo a morir, sujeto a una camisa de fuerza, con hambre, sed y dolor. De otro modo: no son más que sueños y no fragmentos de reales vidas pasadas. Cabe mencionar que el mismo escéptico practica la muerte en vida en algún momento, también impelido por Ed Morrell, pero sus resultados no son los esperados: en él no ocurre absolutamente nada. El diseñador del método adjudica este fracaso al incumplimiento en las condiciones de realización del experimento. Éste debía hacerse únicamente en momentos críticos, casi cercanos a la muerte, y Oppenheimer lo hizo cuando aún su cuerpo era vigoroso.

Para el escéptico a ultranza no existe la posibilidad de separar la materia del espíritu, porque no concibe la existencia de tales planos; el ser humano es una unidad cuya existencia se da sólo en el momento presente. Aparte, Jake Oppenheimer carece de fe, elemento necesario para que el experimento alcance buen puerto. Los efectos son diferentes en cada uno de los tres personajes que se someten al método; sin embargo, el de Morrell y el de Standing son mucho más parecidos, por eso ellos creen en él. Oppenheimer mantiene casi a lo largo de toda la novela su aire preeminentemente positivista, de sospecha absoluta respecto de las confesiones de Standing, actitud que sólo abandona durante ese momento, durante el pasaje del diente.

Importancia de la experiencia. Las circunstancias del sistema carcelario abren un sinfín de posibilidades en el pensamiento de Darrell Standing. La práctica del método es una de esas posibilidades, sin embargo, sólo quien la vive la sabe con certeza. La experiencia es la base de este experimento, pues, como se mencionó, los resultados para cada personaje son distintos en virtud de que la vida es particular, aunque todos participemos de ella; así, lo que sabe uno no lo sabe el otro, porque la experiencia es tan personal como el conocimiento. Jake Oppenheimer no sabe a ciencia cierta si lo que dice Standing es verdad, porque a él no le ha sucedido; mientras para el profesor se trata de una “verdad” a la que ha podido acceder mediante la ejecución del método, y está seguro de ello: la comprobación, siempre personal, se lo demuestra como evidencia.

Esta posición filosófica se entrelaza con algunos postulados empiristas al reducir todo conocimiento a la percepción sensorial; por ende, los resultados de este experimento sólo se sabrán cuando se efectúen las condiciones establecidas por Ed Morrell. Por eso mismo Standing confiesa después de uno de sus primeros intentos de poner en marcha el experimento: “Pero en este punto mi experiencia difiere de la de Morrell. A pesar de controlar mi voluntad de un modo automático, caí en un estado de ensoñación, como cuando uno se encuentra en la frontera entre el sueño y la vigilia” (London, 2019: 95). En definitiva, desde la postura del personaje, la vida y la probabilidad de conocimiento que se puede formular acerca de ella dependen de una base empírica, que, dada en contextos diversos para cada sujeto, singulariza las vivencias.

Estatuto del espacio y del tiempo. Uno de los fundamentos del método es el ejercicio que se ejecuta sobre los planos espacial y temporal, no sólo en cuanto a los conceptos que nombran estas realidades, sino en cuanto a las realidades mismas. Es más, el método consigue flexibilizar claramente dichas dimensiones cuando Darrell Standing puede atestiguar sus vidas pasadas, además de lo que ocurre en ese momento en una celda próxima, mientras él está ceñido por la camisa de fuerza. En este sentido, tanto tiempo como espacio

son categorías de la experiencia de cada sujeto; por lo tanto, no hay ni tiempo ni espacios absolutos ni infranqueables. La efectividad del método perfeccionado por Standing es muestra de ello. Uno de sus primeros informes dice a la letra:

Más desconcertante aún era la aparente dilatación del cerebro. Tenía la sensación de que la periferia de mi cerebro, sin haber atravesado siquiera el muro del cráneo, se hallaba ya fuera del cráneo mismo y, además, en constante expansión. En aquella ocasión experimenté también una de las sensaciones más extraordinarias de toda mi vida. El tiempo y el espacio, en la medida en que emanaban de mi conciencia, se alargaron infinitamente. De este modo, sin llegar a abrir los ojos para comprobarlo, sabía que los muros de mi estrecha celda se habían ensanchado hasta convertirse en un amplio auditorio (London, 2019: 95).

La plasticidad en la concepción de estas categorías posibilita los avistamientos del profesor hacia sus vidas anteriores en las que sí hay coordenadas de tiempo y espacio bien definidas —la crucifixión de Jesús, un naufragio en 1810— o, al menos aproximadas —la prehistoria, la Francia de capa y espada—. Es decir, tanto las metadiégesis como la misma vida de Darrell Standing sí tienen como base una referencia espaciotemporal. Es la consideración de la vida en general la que concibe ambos planos como nociones elásticas.

Lo particular y lo universal. Darrell Standing recurre a Pascal para afirmar que “Al contemplar la evolución humana, la mente filosófica debería considerar a la humanidad como un solo hombre, y no como un conglomerado de individuos” (London, 2019: 323). Esta aseveración, a nuestro parecer, constituye uno de los hallazgos más importantes de Darrell Standing: la mente filosófica —que pretende el entendimiento de lo que el ser humano es— comprende al hombre no en sus accidentes particulares, sino como conjunto de ejemplares de la misma especie. El sentenciado a muerte entiende la vida como una sola fuerza, una llama que desde sus primeros fulgores no ha cesado de alumbrar, no una energía cuyo origen es particular e individual. En este planteamiento no cabe tal consideración más que para sumar nuevos

resplandores a esa llama eterna, porque cargamos toda la vida anterior desde los inicios de la humanidad. O como dice el científico:

...del mismo modo, yo, Darrell Standing, he revivido la lenta evolución del hombre primitivo, todo lo que ha sido y todo lo que hizo hasta convertirse en lo que somos, ustedes y yo, en la actualidad, en la civilización de este siglo XX. En verdad, cada uno de nosotros, como seres humanos que habitamos hoy este planeta llevamos en nuestro interior la incorruptible historia de la Vida desde sus comienzos, escrita en nuestros huesos y en nuestros tejidos, en nuestras funciones y en nuestros órganos, en nuestras neuronas y en nuestro espíritu, y en nuestras urgencias ancestrales, tanto físicas como psicológicas, así como en todos nuestros impulsos atávicos (London, 2019: 323-324).

En el fragmento anterior se observa la presencia de lo que ahora, a la luz de los conocimientos de este siglo XXI, podemos nombrar como memoria genética. Esa huella indeleble que llevamos marcada da cuenta de nuestra calidad de humanos y une a todas las generaciones del pasado, del presente y del futuro. Justo por esto es que la apelación a Pascal se empareja perfectamente en la concepción que del ser humano se va formando Darrell Standing durante su estancia en prisión, porque el experimento y sus resultados están en estrecha relación con la idea que el personaje tiene de la humanidad, necesariamente considerada aquí en toda su amplitud histórica: el hombre como un conjunto, una sola energía, no en sus situaciones particulares; así, parece decir Standing, es como la misma vida nos contempla.

Darrell Standing, incorregible y filósofo.

Y sí, es que la *trena*, o el *trullo*, tal como llaman los presos a la cárcel, es una verdadera escuela de filosofía. Ningún recluso puede pasar en ella muchos años sin que se desmoronen sus más preciadas ilusiones, sus sueños más justos. La verdad prevalece, nos enseñan, y el crimen siempre sale a la luz. Pues bien, he aquí una excelente prueba de que no siempre el crimen sale a relucir. Tanto el capitán de patio, como el difunto alcaide Atherton, como la junta directiva de la cárcel siguieron [*sic.*] creyendo en la existencia de aquella dinamita que nunca existió más que en la turbia y desbocada mente

del degenerado impostor y poeta Cecil Winwood. Y Cecil Winwood todavía vive, mientras que yo, el único completa y verdaderamente inocente entre todos los hombres que tuvieron que ver con este asunto, subiré al patíbulo dentro de unas semanas (London, 2019: 30).

El personaje asume una postura filosófica ante su situación. La verdad de los hechos en la cárcel no equivale a los ideales del sistema penitenciario, y en lugar de castigar al culpable se condena al que denuncia injusticias. La realidad en las cárceles es cruda y salvaje, como en la naturaleza; ésa es la verdad que vive Standing. Cecil Winwood inventa un hecho que hace pasar por verdadero y, por alguna razón desconocida, la junta directiva y el alcaide lo creen ciegamente hasta el final. Parece sugerir el agrónomo: tal como se han creído bastantes mentiras a lo largo de la historia.

Por ello es que Standing, además de percibirse como científico, lo hace como filósofo en variadas ocasiones, incluso como poeta. En tanto filósofo reacciona de forma crítica a los acontecimientos que ocurren dentro de la cárcel y a las maquinarias legislativa y administrativa que la sostienen. Standing es un inconforme, un ideador, porque tiene pensamientos recurrentes para mejorar cuestiones de productividad, y cuya abierta confrontación con los paradigmas lo encajona en el área de los que no tienen salvación. Esto es verdaderamente lo incorregible: lo que permanece en estado de miseria; al mismo tiempo que la etiqueta lo distingue del común de los internos, lo condena y lo instala en el dominio del cuestionamiento: increpa de tú a tú a la verdad o, mejor dicho, a la verdad propuesta como modelo en un contexto determinado.

En la misma línea podríamos decir que Standing es un sabio: ha sido capaz de elevar su espíritu sobre sus determinantes materiales y ha podido contemplar lo que pocos: el hilo continuo de la vida, la inconmensurabilidad de posibilidades, la eternidad del alma, la presencia de los primeros hombres en el hombre actual, lo mismo con las mujeres, la elasticidad del tiempo y del espacio. Es un sabio porque ahora sabe todo esto que antes no sabía y es un

filósofo o practicante de la filosofía, que más que permanecer en la especulación alcanza un estatuto práctico al tomarse como sujeto de investigación. Y es un poeta como él mismo se describe. Claro que sí: es un poeta porque, a pesar de la podredumbre y de la tristeza que experimenta en el claustro, es capaz de atisbar una pequeña promesa de escape a su condición de preso haciéndose un vagabundo de las estrellas, un reencarnador de vidas pasadas, un quebrantador del espacio y del tiempo.

Los resultados del experimento no sólo tienen consecuencias en la vida de Darrell Standing, también influyen en la manera en que asume su destino. Cuando comienza a escribir sus memorias él ya se ha forjado la idea de que

La muerte no existe. La vida es espíritu, y el espíritu nunca muere. Solo la carne es perecedera y se transforma, lentamente, con el fermento químico que la guía, hasta una nueva materialización: es el fluir constante de la materia que toma nuevas formas también efímeras que volverán a diluirse, porque solo el espíritu perdura y evoluciona a lo largo de sucesivas e interminables encarnaciones en su ascenso hacia la luz (London, 2019: 357-358).

Por lo tanto, Darrell Standing se ha de enfrentar ante la muerte con más calma, con la tranquilidad de quien ha descornado los velos de la particularización y ha observado el flujo del espíritu universal que hace uno a todo cuanto existe. Su conclusión bien la podríamos entender evocando el principio de conservación de la energía: no hay ni momento de inicio ni final, sino un permanente estado de transformación. El entendimiento que consigue no lo exime materialmente de ser ejecutado, pues Darrell Standing muere, mas lo hace como una especie de liberación del estado de encierro de su exangüe cuerpo y de los muros que delinear el Corredor de la Muerte en Folsom, California, en 1913.

Conclusiones

La historia de Darrell Standing es entrañable porque en ella germina la esperanza, a pesar del cieno de la miseria humana. A través de las memorias de Standing los lectores nos enteramos (al igual que los personajes del universo

novelesco) de que mediante la mente —o alma o espíritu o atman, sea la forma en que se le nombre— es posible sobrevolar duras condiciones —concentradas aquí en el sistema penitenciario californiano—, y elevar el espíritu lo suficiente como para acariciar la tan anhelada libertad que perseguimos naturalmente los seres humanos. Mediante la experimentación consigo mismo, el preso obtiene la liberación al menos en un plano no material; el método que emplea para lograrlo es eficaz, aunque deba cumplir con ciertos escenarios indispensables por críticos que sean.

El acercamiento que realizamos a la última novela escrita por Jack London lo hemos hecho leyendo *El vagabundo de las estrellas* como un proceso investigativo que emprende el personaje ante la brutalidad de una lógica carcelaria que desde la injusticia despoja a los presos de cuanto humano puedan poseer, y cuyos resultados determinan la forma en que el preso se enfrenta con el destino que el aparato jurídico le impone a modo de escarmiento. Así, examinamos dicho proceso investigativo a la luz, primero, del reconocimiento del estado en que se encuentra Darrell Standing; dimos cuenta de los intentos que realiza para aminorar los efectos inhumanos de los castigos que, según el esquema de justicia, debe cumplir; después nos detuvimos en el método muerte en vida, el cual lo dirige a recordar las vidas pasadas que ha olvidado mientras crecía; y por último, presentamos algunos de los planteamientos preponderantes que surgen en el personaje después de rememorar sus encarnaciones. Hemos revisado, partiendo de las aseveraciones de Standing, los motivos por los que él se considera un científico y un filósofo persistentemente: por su capacidad racional, pero también por su hacer, lo que lo impele a tomar una actitud ante la muerte y hacia la vida.

Las ideas que expone el narrador constituyen un auténtico repositorio de cuestiones filosóficas, de las que hemos retomado sólo algunas. Sucintamente, podríamos expresar que la novela de London pone en diálogo tradiciones de la historia del pensamiento fundamentales en la historia de la humanidad: las

hipótesis, por un lado, de la finitud de la vida, y, por otro, de la eternidad del alma. Esto es demostrado por Standing al relatar fragmentos de sus vidas pasadas: puede narrarlas porque las ha vivido. Ronda por las estrellas porque ha osado dismantelar aparentes verdades o consensos que pasan por verdades. Vagabundear por sus diferentes encarnaciones lo ha ganado a pulso, soportando estoicamente graves calamidades físicas y del alma.

A menudo leemos que Jack London es un escritor de novela de aventuras o de formación —subgénero que nos ha dado por encasillar dentro de la literatura juvenil—, y eso es verdad. El género no es fácil; deberíamos reconocer que los textos literarios londonianos exploran en el interior de la acción narrativa problemas agudísimos, presentes en las diversas generaciones de la historia humana. Esta novela pertenece a la literatura de formación si la palabra no refiere edad y sí inmersión en los aspectos que fundan nuestro entendimiento sobre lo humano. Es una exigencia vital configurarse una concepción sobre la vida y la muerte, y actuar en función de ello. Lo hizo el protagonista de *El vagabundo de las estrellas*, y los resultados a los que llegó se nos aparecen —en nuestra pequeñez— como una posibilidad de evaluar nuestro ser y nuestro actuar.

La libertad que obtiene Darrell Standing se debe a la emancipación de su alma de la aspereza de las estructuras culturales. Después del dolor y la tristeza, el personaje deja en el plano material a su yo presidario para abrirse al entendimiento de la unidad de la que todos somos piezas integrales, los lectores y Darrell Standing y Ed Morrell y Jake Oppenheimer. El yo vagabundo que escribe la historia toma el lugar; y con esos saberes presenta a los lectores —los ficcionales que leen las memorias y nosotros que leemos una novela sobre un personaje que escribe un manuscrito— un método para atravesar las estrellas cuando las injusticias nos amenazan. Standing representa a cabalidad el apellido que lo identifica, porque muere, sí, pero de pie.

Referencias

- Anónimo (2015). *Upanishads*. Barcelona: Penguin Random House.
- Conze, E. (2013). *El budismo. Su esencia y su desarrollo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hume, D. (1975). *Del conocimiento*. Buenos Aires: Aguilar.
- London, J. (2019). *El vagabundo de las estrellas*. Madrid: Nórdica Libros.
- Platón (2010a). *Fedón*. Madrid: Editorial Gredos.
- Platón (2010b). *Menón*. Madrid: Editorial Gredos.
- Russell, B. (1992). *El conocimiento humano*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Verneaux, R. (1994). *Epistemología general o crítica del conocimiento*. Barcelona: Herder.
- Zimmer, H. (2010). *Filosofías de la India*. Madrid: Sexto Piso.

Sobre los autores

Oderay Fabiola Espinosa Moneti

Maestra en Humanidades: Estudios Literarios por la Universidad Autónoma del Estado de México. Es docente de asignatura en la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas. Sus principales intereses son la teoría literaria, la literatura y la relación entre ésta y la filosofía.

Oscar Frutis Guadarrama

Maestro en Humanidades: Ética por la Universidad Autónoma del Estado de México. Es docente de asignatura en las licenciaturas en Filosofía, en Psicología y en Cultura Física y Deporte. Sus principales intereses son la epistemología, la epistemología y la relación entre filosofía y literatura.

Notas al final

¹ *The Call of the Wild*, de 2020, dirigida por Chris Sanders para la productora 20th Century Studios.

² *White Fang*, de 1991, dirigida por Randal Kleiser para Walt Disney Pictures.

³ *Martin Eden*, de 2019, dirigida por Pietro Marcello para Cirko Films.

⁴ Aquí un ejemplo de esa recurrente denuncia: “Como me dijo Ed Morrell en cierta ocasión con sus nudillos: «El peor uso que puede hacerse de un hombre es ahorcarlo». Lo cierto es que la pena de muerte me merece muy poco respeto. No solo es un juego sucio, que degrada a los perros verdugos que se encargan personalmente de ejecutarla a cambio de un salario, sino que degrada también a la comunidad que la permite, la aprueba con su voto y paga los impuestos necesarios para mantenerla. La pena de muerte es una necedad tan horrible, tan poco científica... «Que lo cuelguen del cuello hasta morir», es la pintoresca retórica que la sociedad emplea” (London, 2019: 355).

⁵ El siguiente fragmento demuestra la afirmación: “No, jamás seré un decano de ninguna facultad de Agricultura. Y sabía mucho de agricultura. Era mi profesión. Nací para ello, me crié para ello, me eduqué para ello: era todo un maestro. Tenía un don. Puedo saber a simple vista qué vaca da leche con mayor porcentaje de nata, y dejar que el test de Babcock verifique la exactitud de mis pronósticos. Con tan solo mirar, ya no la tierra, sino un paisaje, puedo dictaminar las virtudes y deficiencias del terreno. No necesito papel tornasol para determinar si un suelo es ácido o alcalino. Repito, el cultivo de la tierra, en su más alto sentido científico, era y sigue siendo mi don” (London, 2019: 18).

⁶ Ed Morrell es un recluso condenado a purgar una pena de cincuenta años; ocupa la celda número uno del sector de aislamiento en la que lleva un año. Por alguna extraña razón, dice el profesor en sus memorias, es disculpado de esa pena y convertido en un reo ejemplar. Por su parte, Jake Oppenheimer es un condenado a cadena perpetua al igual que Standing; ocupa la celda número doce. Es ejecutado un año antes que el narrador, quien después ocupa el aposento. La siguiente es la opinión que ambos le merecen a Darrell Standing: “De hecho, y ya que estoy a punto de morir, puedo decirlo sin miedo a faltar a la modestia: las tres mentes más brillantes de todo San Quintín pertenecían a los tres que nos pudrimos juntos en las celdas de castigo” (London, 2019: 53).

⁷ El golpeteo de los nudillos, se entiende, es un método que representa las letras del alfabeto con golpes contra el muro. La dificultad estriba en que los creadores de la técnica cambian aleatoriamente la letra con que inicia una comunicación.